

—En ese caso, sed buena con él en nombre mío, en nombre de mi hija. ¡Yo os suplico que seais generosa!

La ciudadana se volvió hácia su marido; Defarge, que se roía impacientemente la uña del dedo pulgar, revistió un aspecto más sombrío al hallarse con la mirada de su mujer.

—¿Qué es lo que te escribe el preso en esa esquela? preguntó Mme. Defarge á Lucía; ¿qué es lo que dice ahí de influencia?

—Dice que mi padre la tiene, replicó la jóven sacando el billete que había guardado en su seno, y clavando en la calcetera sus hermosos ojos llenos de espanto.

—Pues tu padre hará que le pongan en libertad, dijo Mme. Defarge con tono indiferente.

—¡Señora, exclamó Lucía lanzando un grito de angustia, yo os lo suplico, tened compasion de nosotros; no empleeis vuestro poder en contra de mi pobre marido; yo os aseguro que es inocente; haced que vuelva á mi lado; vos, como mujer, sois una hermana mia; tened compasion de una esposa y de una madre!

Mme. Defarge, despues de contemplar friamente á la suplicante, se volvió hácia la Venganza, y dijo con voz glacial:

—Nunca se ha hecho caso de las esposas y de las madres que nosotras hemos conocido. Muchas veces las han arrebatado á sus padres y á sus maridos para encerrarlos en una prision. Desde que vinimos al mundo hemos visto sufrir á nuestras hermanas y á sus hijos: las hemos visto sufrir el frio, el hambre, la sed, la tiranía, toda clase de desventuras, toda clase de horrores.

—Eso y nada mas que eso es lo que hemos visto, dijo tranquilamente la Venganza.

—Yo te pregunto, repuso Mme. Defarge dirigiéndose á Lucía, si despues de todo eso es posible que nos conmueva la pena de una esposa y el dolor de una madre.

Recogió su calceta y salió acompañada de la Venganza. Mr. Defarge fué el último que se retiró y cerró la puerta.

—¡Valor, hija mia, dijo Mr. Lorry levantando del suelo á la jóven, valor! todo va perfectamente; ¡qué distinta es nuestra situacion de la de tantas pobres criaturas! ¡Vamos, hija mia, vamos, debeis mostraros agradecida á la Providencia!

—Ya lo sé, no creais que soy ingrata; pero la presencia de esa mujer ha oscurecido mi porvenir y no me es posible acariciar ninguna esperanza.

—¿Es posible, exclamó el gentleman, que desfallezca un corazon tan animoso? Yo os aseguro, querida Lucía, que no debeis ya abrigar temor alguno.

Aquellas consoladoras palabras no podian surtir ningun efecto. Los esposos Defarge habian llevado al colmo el dolor y la angustia que reinaban en aquella casa.

CAPITULO IV.

La calma en medio de la tempestad.

Hasta el cuarto dia de su salida del palacio, no volvió el doctor Manette. Los actos de crueldad que se cometieron en aquellos aciagos dias, se le ocultaron tan perfectamente á Lucía, que hasta mucho tiempo despues de su regreso á Londres no supo que mil cien prisioneros, hombres, mujeres y niños, habian sido asesinados por el populacho. Lo único que sabia era que habian sido asaltadas las cárceles, que la vida de los presos habia estado en gran peligro, y que algunos de aquellos desdichados, arrancados de su triste asilo, habian sido degollados.

Pero el doctor, despues de haber recomendado el secreto á Mr. Lorry, lo cual no era necesario, refirió al gentleman que el grupo de bribones que le habia sacado del palacio le habia conducido á la Force, en cuya prision habia presenciado una horrible carnicería. Allí habia encontrado un tribunal constituido por su propia autoridad; los detenidos comparecian uno por uno ante sus jueces, los cuales, despues de un breve interrogatorio, daban órden de asesinar al prisionero, ó ponerle en libertad, ó lo que era más raro, disponian que volviese de nuevo á su calabozo. Presentado á este tribunal por los individuos que allí le habian conducido, Mr. Manette declaró su nombre, su título y calidad de antiguo detenido en la Bastilla, en donde, preso sin haber sido juzgado préviamente, pasó diez y ocho años completamente incomunicado. Uno de los individuos del tribunal popular confirmó aquellas palabras, y el doctor reconoció en aquel improvisado juez al ciudadano Defarge.

Despues de haber compulsado los registros que se hallaban sobre la mesa, el antiguo detenido adquirió la seguridad de que su yerno no habia sido asesinado, y le defendió calurosamente ante el tribunal; los jueces, unos dormidos, otros despiertos, éstos en ayunas, y aquéllos ébrios y manchados de sangre, le escucharon con benevolencia, y en medio de los trasportes que excitó como mártir del sistema político que acababa de derrumbarse, accedieron á su petición, la cual consistia en que el detenido Evremont fuese conducido ante el tribunal para ser interrogado en el acto. Este habia ya sido declarado inocente é iba á ser puesto en libertad, cuando por una circunstancia que Mr. Manette no logró explicarse, la corriente que se hallaba en favor del preso se detuvo de improviso.

Los individuos del tribunal se reunieron en sesion secreta; el presidente anunció al doctor que era imposible

poner en libertad al acusado, pero que, por consideracion á su suegro, el referido Evremont quedaba declarado inviolable; en aquel mismo momento, el detenido fué conducido de nuevo á su calabozo.

Mr. Manette solicitó entónces que se le concediese el favor de acompañar á su yerno, con objeto de adquirir la seguridad de que no sería entregado por equivocacion á los verdugos, cuyos furiosos gritos se escuchaban en la sala y no permitian oír la voz de los jueces. Accedióse á su pretension, y el atribulado doctor no abandonó aquel lugar, bañado en sangre humana, hasta que desapareció la inminencia del peligro.

No describiremos las horribles escenas de que Mr. Manette fué testigo durante aquellos tres días, en los cuales apenas logró algun exiguo alimento y algunos cortos instantes de reposo.

Cuando se restableció la tranquilidad, la inmensa alegría de los detenidos que habian escapado á los asesinatos, admiró tanto al doctor como la furiosa locura que habia ocasionado un número tan considerable de víctimas. Entre las muchas cosas que le habian llamado la atencion, refirió á Mr. Lorry que un detenido mandado poner en libertad, habia sido herido de una lanzada por una equivocacion, al salir de la cárcel. Llamado inmediatamente para que auxiliase á aquel desdichado, le habia hallado en los brazos de un grupo de samaritanos sentados sobre un monton de cadáveres. Con una inconsecuencia no ménos extraordinaria que todos los actos de aquella abominable pesadilla, los asesinos ayudaron á Mr. Manette á hacer la cura y prodigaron al herido los más solícitos cuidados; hicieron una camilla, le colocaron en ella con muchísimo cuidado y le depositaron en lugar seguro, rodeado de una escolta que le vigiló con exquisito esmero. En seguida, aquellos hombres desenfrenados cogieron nuevamente sus armas y continuaron su carni-

cería, tan horriblemente espantosa, que el doctor acabó por desmayarse en medio de un lago de sangre.

Mientras escuchaba aquellos horribles pormenores, contemplando de hito en hito al doctor, el gentleman pensó, no sin estremecerse, que semejantes emociones podían trastornar nuevamente las facultades intelectuales de su amigo. Sin embargo, Mr. Manette, á pesar de sus sesenta y dos años, tenía más energía física y mayor fuerza moral que nunca. El doctor, por la primera vez de su vida, se felicitaba de su antiguo martirio; el pobre anciano no se lamentaba ya de aquella época de sufrimientos en que había forjado la palanca que debía abrir el calabozo de Carlos, salvando así al marido de su hija.

—Ya lo veis, dijo, mis desgracias debían servirme en un día determinado; no todo era ruina y desastre en la vida del pobre zapatero. Mi idolatrada hija me ha vuelto á la vida, y yo le volveré, en cambio, la persona á quien más quiere; yo lo lograré, amigo mío, no lo dudeis un momento.

El gentleman, al ver aquella tranquila mirada, aquellas serenas facciones y aquella resuelta actitud, no pudo por ménos de dar crédito á las palabras de aquel hombre, cuya vida parecía haberse detenido como el movimiento de un reloj, y volvía de improviso á su acostumbrada actividad.

Los persistentes esfuerzos del doctor lograron vencer las grandes dificultades con que tenía que luchar. Ejerciendo la medicina y prodigando sus cuidados á cuantas personas podían necesitarlos, ya se hallasen detenidas ó en libertad, fuesen ricas ó pobres, inocentes ó culpables, Mr. Manette empleó tan bien su influencia, que no tardó en conseguir la plaza de médico inspector de tres cárceles, en cuyo número figuraba la de la Force. Entonces pudo participar á su hija que Carlos había salido de su calabozo y se hallaba con los detenidos de la gran

sala. Todas las semanas, al hacer su visita, el doctor veía á su yerno y llevaba á Lucía alguna cariñosa carta que el detenido le entregaba personalmente. Algunas veces la joven recibía una esquela de su marido (no por mediación de su padre); pero no le era permitido contestar á aquellas preciosas líneas, porque de todos los detenidos de quienes se sospechaba que conspiraban contra el pueblo, los emigrados eran los que más poderosamente excitaban la cólera de los patriotas, y sobre todo aquellos á quienes se acusaba de sostener relaciones con la gente de fuera, ya fuesen amigos suyos ó individuos de sus familias.

El nuevo género de vida del doctor no estaba exento de inquietudes ni de fatiga; pero Mr. Manette, lejos de sentir decaer su ánimo, veía aumentar sus fuerzas y su valor. El buen gentleman creyó descubrir cierto orgullo entre los sentimientos que sostenían á su amigo; noble orgullo, digno y puro, que Mr. Lorry hallaba muy natural y cuyos inesperados efectos observaba con la mayor alegría. El doctor sabía que hasta aquel momento el recuerdo de su detención se asociaba en la mente de su hija y de su amigo, al doloroso estado en que le había colocado la prision. En aquellas circunstancias, por el contrario, Mr. Manette se hallaba investido, por sus antiguas desdichas, de una fuerza en que ellos cifraban toda su esperanza. Exaltado por aquel cambio de papeles, que le convertía á su vez en protector de los que habían sostenido su debilidad, andaba con paso firme é imponía á los demás la confianza que tenía en sí mismo. Así, pues, él era quien consolaba á su hija, animándola y prometiendo salvarla de aquella desesperada situación; la idea de prestarle un servicio que premiase el que ella le había prestado en otro tiempo, le llenaba de orgullo y le sumergía en un mar de delicias.

—Todo esto es muy curioso, decía para sí Mr. Lorry; sin

embargo, cosa muy natural; sed nuestro guía, mi querido Manette, conducidnos como mejor os parezca; la iniciativa os corresponde de derecho.

Pero á pesar de todos sus esfuerzos y de toda su perseverancia, el doctor no pudo conseguir que Carlos fuese puesto en libertad ni juzgado por ningun tribunal; los asuntos públicos llevaban una marcha demasiado rápida y demasiado fuerte, y nada ni nadie podian detenerla. Comenzaba la nueva era; habia empezado el proceso del rey; la República una é indivisible, sola contra la Europa en armas, se levantaba dispuesta á vencer ó morir. La bandera negra ondeaba día y noche en las torres de Nuestra Señora; trescientos mil hombres, llamados para combatir contra los tiranos, surgian de todos los puntos de la Francia, como si los dientes del dragon de la fábula, sembrados á manos llenas, hubiesen fructificado igualmente en las ciudades y en los campos, bajo el ardiente sol del Mediodía y bajo el nebuloso cielo del Norte, en los montes y en las landas, en las viñas y en los olivares, en los prados y en los rastrojos, en las fértiles orillas de los rios y en las arenas de la playa. ¿Qué interés privado podia ser suficientemente poderoso para dejarse oír en medio de aquel levantamiento general, de aquel diluvio que surgia de la tierra y no del cielo, y del cual no podia librarse absolutamente nadie?

No habia vacilacion, ni piedad ni descanso. El tiempo no existia ya; los días y las noches podian girar en su acostumbrado círculo, y producir como de ordinario la mañana y la tarde; ya no contaba nadie las horas; la medida del tiempo se habia perdido en medio de aquella fiebre abrasadora que se apoderaba del pueblo.

De repente, rompiendo el desacostumbrado silencio de la ciudad, el verdugo expuso la cabeza del rey á los ojos de la multitud, y pareció mostrar casi en seguida á los mismos espectadores la hermosa cabeza de la reina,

cuyos cabellos habian encanecido trás ocho meses de viudedad y de miseria.

Y sin embargo, en virtud de una ley extraña, cuyos contradictorios efectos se observan en semejantes casos, el tiempo adquiria una duracion tanto mayor cuanto más rápida parecia su marcha. Un tribunal revolucionario en París; cuarenta ó cincuenta mil comités revolucionarios diseminados por toda la superficie del territorio; una ley de sospechosos que amenazaba la vida y la libertad de cada individuo, poniendo la inocencia y la honradez á merced del furor y del crimen; las cárceles atestadas de inocentes que no podian lograr que se escuchasen sus quejas; este era el estado de cosas que entonces se hallaba en vigor; y la aplicacion de semejante sistema parecia de la más remota antigüedad, áun cuando sólo contaba algunos meses de existencia. En fin, dominando todo este cuadro, una horrible figuraba, la guillotina, desconocida poco tiempo antes, era tan familiar á todas las miradas como si hubiere existido desde la creacion del mundo.

Este horrible instrumento servia de tema para las chanzonetas populares; era el mejor sistema para curar el dolor de cabeza, un remedio infalible para impedir la salida de las canas y para estorbar que los barberos continuasen desollando á sus parroquianos. El que abrazaba la guillotina, miraba por la ventana, y luego estornudaba en el saco. La invencion del doctor Guillotin habia llegado á ser el simbolo de la regeneracion humana, y reemplazaba al crucifijo; los pequeños modelos de aquel instrumento libertador adornaban los pechos, de los cuales habia desaparecido la cruz, y las gentes ofrecian á la guillotina el culto que negaban al Cristo.

Derramó tanta sangre, que el suelo sobre que se hallaba levantada se empapó completamente y la madera del tablado se pudrió. Hecha astillas, como un juguete

del demonio, fué construida de nuevo y colocada en el sitio exigido para la ejecucion de cada dia. Sin consideracion á la elocuencia, al poder, á la virtud ó la belleza, continuó su sangrienta tarea; veintidos amigos, que gozaban en alto grado la estimacion pública, veintium vivos y un muerto fueron decapitados una mañana, á razon de un minuto por cabeza. El nombre del hércules hebreo habia ido á parar al funcionario que presidia aquellas rápidas ejecuciones; sin embargo, el verdugo era más fuerte que su antiguo homónimo; y no ménos ciego que él, destruía diariamente las columnas del templo, cuyos restos dispersaba.

En medio de aquellos actos sanguinarios y del terror que infundian por todas partes, Mr. Manette continuaba animosamente su tarea, confiando en sus fuerzas y no dudando un solo instante de la influencia que debia salvar al marido de su hija. Quince meses habian trascurrido desde sus primeras gestiones, quince meses de inútiles esfuerzos, sin que el desaliento hubiese llegado á apoderarse de su alma. La rabia de los verdugos habia llegado á ser tan violenta, y tan feroz su locura, que en aquel mes de Diciembre, á que ha llegado nuestra historia, más de un rio se llenó de cadáveres por medio de sumerjimientos en masa, y en varios sitios los detenidos, colocados en hileras ó formados en cuadros, caían en medio de horribles descargas de fusilería. El doctor, sin embargo, conservaba toda su firmeza y toda su energia.

Nadie era tan conocido en París como Mr. Manette; nadie llevaba en aquella ciudad una vida más extraña que él: humanitario y reservado, indispensable en la cárcel y en el hospicio, empleando su ciencia lo mismo en pró de los asesinos que de las víctimas, era un hombre aparte. Su título de antiguo preso de la Bastilla le convertía en un sér excepcional que podia circular por todas partes sin que las gentes se ocupasen de él. Nadie le in-

terrogaba y nadie sospechaba de él, como si hubiese habitado la mansion de los muertos y, vuelto del otro mundo, fuese un espíritu que se permitia vivir entre los miserables mortales.

CAPITULO V.

El serrador de madera.

Durante aquellos quince meses de angustia, Lucia no tuvo ni un solo momento la seguridad de que la cabeza de su marido no seria cortada á la mañana siguiente. Todos los dias las carretas conducian su contingente de víctimas por en medio de las calles. Jóvenes llenas de encantos, mujeres distinguidas, adolescentes y ancianos, nobles y plebeyos, venian á ser el vino tinto que se sacaba todas las mañanas de los sótanos de las cárceles para apaciguar la devoradora sed del mónstruo.

¡Libertad, igualdad, fraternidad ó muerte! ¡Oh guillotina! la última puede darse más fácilmente que las otras tres.

Si en medio de la imprevista desgracia que la desgarraba el alma y de los horribles actos de aquella época de vértigo que habian aniquilado á Lucia, hubiera esperado en la inaccion la terminacion del drama que tenia en suspenso su vida, hubiese compartido la suerte de muchos desdichados, víctimas de una desesperacion semejante; pero desde que estrechó contra su corazon, en el desvan del arrabal de San Antonio, la venerable cabeza del prisionero, habia permanecido fiel á sus deberes; y en aquel nuevo trance continuaba llenándolos con el mismo valor que en aquella angustiosa situacion.

Desde que ocupó su nueva habitacion, habia prepara-

do todo con tanto orden y tanto gusto como si Carlos hubiese vivido al lado suyo; cada objeto tuvo su sitio y cada hora del día su empleo particular. Las lecciones de la pequeña Lucía continuaron siendo tan regulares como si no hubiese salido de Londres; y lo único que revelaba su dolorosa preocupacion, fué el cuidado que tenia de engañarse á sí misma, publicando á cada momento la creencia que abrigaba de que pronto se hallarian reunidos. Hacia todas las mañanas grandes preparativos para recibirle, colocaba la silla que le estaba destinada y ponía sobre la mesa los libros que á él le gustaban; y si, en el momento de dormirse, dirigía al cielo una ferviente plegaria por las personas que se hallaban en peligro de muerte, no queria confesarse á sí misma que rogaba por su marido.

No podia decirse en rigor que Lucía Darnay se hallase muy cambiada; sus trages sencillos y de color oscuro se hallaban tan cuidados como los elegantes vestidos que llevaba en otro tiempo; hallábase algo más pálida, y aquel aire sumamente melancólico que, en ciertas circunstancias, daba á sus facciones una expresion tan singular, no se disipaba ya como sucedia en otras ocasiones; pero continuaba siempre bella y siempre graciosa. Algunas noches, al abrazar á su padre, rompía en llanto y le decia sollozando, que él era su única esperanza.

—No tengas cuidado, le contestaba Mr. Manette con tono resuelto y lleno de conviccion; nada puede sucederle sin que yo tenga conocimiento anticipado de ello, y yo le salvaré, hija mia, créelo como yo lo creo.

Apenas hacia cuatro meses que se hallaban en París, cuando un día el doctor dijo á su hija, al volver de sus diarias correrías:

—Tengo que darte una buena noticia; hay en la cárcel una ventana bastante elevada á la cual puede asomarse Carlos de cuando en cuando, á cosa de las tres de la tar-

de. Cuando esto le sea permitido, lo cual depende de varias circunstancias, podrá veros á tí y á tu hija, si os halláis en la calle, en cierto sitio que no es difícil indicarte; pero tú no podrás verle á él, querida mia; y si por casualidad creyeses conseguirlo, no olvides que seria peligroso hacerle la más insignificante seña.

—Acompáñame al sitio en que debo colocarme, padre mio, é iré allí todos los días.

Desde aquella época se personó allí diariamente y permaneci6 en el sitio indicado durante dos horas. Cuando el tiempo no estaba demasiado frio ó húmedo, iba en compañía de su hija; en el caso contrario, iba sola; pero no faltó ni una sola vez.

Era la esquina de una callejuela oscura, súa y tortuosa; una casucha habitada por un hombre que serraba madera para las chimeneas, era la única habitacion que se veía por allí cerca; todo lo demás no era más que una continuacion de tápias, por lo ménos hasta el sitio á donde alcanzaba la vista. La tercera vez que Lucía acudió á la cita, fué observada por el serrador de madera.

—Buenos dias, ciudadana, le dijo.

—Buenos dias, ciudadano.

Este modo de saludarse habia sido puesto en vigor por medio de un decreto; admitido al principio por los más entusiastas patriotas, pero voluntariamente, habia llegado á ser obligatorio.

—¿Otra vez vuelves por aquí, ciudadana?

—Sí, ciudadano.

El serrador de madera, un hombrecillo que gesticulaba exageradamente (en otro tiempo era peon caminero), miró hácia la cárcel, la designó con un movimiento de cabeza, y colocando sus diez dedos delante de la cara de modo que representasen los hierros de una ventana, miró riendo á través de la reja que simulaba.

—Despues de todo, ¿á mí qué me importa? dijo. Y nues-

tro hombrecillo, que en otro tiempo llevaba un gorro azul, continuó denodadamente su tarea.

Al día siguiente acechó á la jóven, y se aproximó á ella tan pronto como la vió.

—¿Conque tú vienes por aquí todos los dias, ciudadana?

—Sí, ciudadano.

—Y con una niña; será tu madre, ¿no es verdad, querida ciudadanita?

—¿Tengo que contestarle, mamá? dijo en voz baja la pobre muchacha, acercándose cada vez más á su madre.

—Sí, sí, querida mía.

—Sí, ciudadano, es mi mamá.

—Ya me lo figuraba; pero eso no me importa; á mí lo único que me importa es mi trabajo. Mira mi sierra; yo la llamo mi pequeña guillotina. ¡Chis, chás, chis, chás! ¡pum! ya cayó otra cabeza más.

El leño cayó al pronunciar estas palabras; lo levantó del suelo y lo arrojó en un capacho.

—Yo soy el Sanson de la leña para las chimeneas; ahora vais á verlo: ¡fro, fro, fro, fro! esta es la cabeza de la mujer; ahora le toca al chiquillo: ¡fri, fri, fri, fri! Se acabó toda la familia.

Lucía se estremeció de horror al verle arrojar al capacho los dos leños que añadía á los demás; pero era imposible acudir á su cita cuando aquel hombre se hallaba dedicado á su trabajo, sin encontrarse cerca de él. Una indiscrecion podia perderla, y era necesario captarse las simpatías del patriota; así es que siempre contestaba á sus preguntas; muchas veces era ella la primera que le hablaba, y bastante frecuentemente le daba algunas monedas que él se apresuraba á meterse en el bolsillo.

El buen hombre no tenia nada de discreto; cuando la jóven, sin acordarse de él, habia contemplado los tejados y las rejas de la Force y enviado toda su alma al detenido,

volvía á hallar al serrador de madera que la contemplaba inmóvil y fijamente.

—¿Pero á mí qué me importa todo eso? decia entonces el trabajador, continuando de nuevo su tarea con mayor entusiasmo que nunca.

Lucía continuó yendo allí á pesar de las nieves y de los hielos, á pesar de los vientos de Marzo y de Abril, á pesar del sol y de las tempestades del verano, y á pesar de las grandes lluvias del otoño; al llegar otro nuevo invierno, los hielos y las nieves volvieron á hallarla en la esquina de la oscura y súa callejuela. Allí permanecía dos horas, hiciese el tiempo que quisiera, y todos los dias al marcharse besaba la pared de la cárcel. Su marido pudo verla cinco ó seis veces, y entreverla dos ó tres durante muy pocos momentos. Sólo habia aprovechado, á lo sumo, unas quince expediciones, y ella habia ido allí todo el año. Lucía lo sabia, pero bastaba que pudiese faltar de su puesto en el momento en que la casualidad fuese favorable á Carlos, para que nada la impidiese el ser exacta á la cita. Ella hubiera continuado allí con lluvia y granizo, desde por la mañana hasta por la noche, y lo hubiera hecho todos los dias, antes que exponerse á causar con su ausencia una decepcion al pobre preso.

Una tarde del mes de Diciembre de 1793 se dirigió, á pesar de la nieve, al sitio de costumbre. Era un día de fiesta, un día de regocijos públicos; todas las casas que Lucía habia visto en las calles que acababa de recorrer, estaban adornadas con pequeñas picas sobre las cuales figuraba un gorro encarnado y cintas tricolores; en muchas de ellas se leía la siguiente inscripcion, en letras de tres colores: República una é indivisible, libertad, igualdad, fraternidad ó la muerte.

La miserable casucha del serrador de madera era tan estrecha, que no bastaba toda la fachada á contener la divisa republicana. Sin embargo, el hombrecillo habia

hallado un pintor de brocha gorda que, estrechando extraordinariamente las palabras, había conseguido consignar la palabra muerte, no sin tropezar con varias dificultades, un tanto contrarias con el orden de cosas establecido. En el tejado de la casucha, figuraba una pica adornada con el gorro encarnado, como era de rigor en la casa de todo buen ciudadano, y el habitante de aquel tugurio había colocado en la ventana su famosa sierra, con la siguiente leyenda: «Santa guillotinita;» porque en aquella época, la gran Luisona, como el pueblo había denominado en un principio el instrumento de Luis Guillotin, acababa de ser canonizada.

La casucha se hallaba cerrada, el serrador de madera había salido, y Lucía Darnay se halló completamente sola, lo cual le hacía experimentar una vivísima satisfacción. Pero el hombrecillo se hallaba por aquellos alrededores, y la tranquilidad de la jóven no duró casi nada. De allí á poco oyó un gran ruido de pasos acompañado de estrepitosas aclamaciones, y la pobre Lucía se sobrecogió de terror. Algunos minutos despues, la multitud desembocó por una calle próxima y rodeó la cárcel y la casucha situada al extremo de la tapia; quinientas personas, entre las cuales y en primer término aparecía la Venganza, dieron la mano al serrador de madera y se pusieron á bailar con el frenesí de cinco mil demonios: mujeres con mujeres, hombres con hombres, según lo disponía la casualidad. Su música era un canto popular, cuyo ritmo feroz, rigurosamente observado por los bailarines, parecía el horrible castañeteo de hambrientas mandíbulas.

Aquello sólo fué al principio una irrupción de andrajos y gorros encarnados; pero tan pronto como el terreno quedó completamente invadido, ciertas figuras coreográficas se dibujaron en medio de aquellas revueltas masas, y aparecieron á los ojos de Lucía como el furioso espectro de un baile del infierno. Adelantáronse y retro-

cedieron incesantemente, golpearonse mutuamente en la mano, cogieronse la cabeza reciprocamente, hicieron, uno por uno, varias piruetas alrededor de todos los demás, volvieron á agruparse y dieron vueltas de dos en dos, hasta que llegó un momento en que la mayor parte de aquellas parejas acabaron por dar en tierra, completamente rendidas de fatiga. Las que permanecieron en pié, formaron un corro general alrededor de las que yacían por el suelo; aquel corro se subdividió en una porción de pequeños círculos, de dos á cuatro personas, que giraron sobre si mismos con una rapidez vertiginosa.

Golpearonse nuevamente en las manos, cogieronse otra vez la cabeza, separáronse uno por uno y luego de dos en dos, y rehaciendo despues el corro, le hicieron girar en sentido iaverso. Hubo un pequeño descanso; todo el mundo se puso á llevar el compás con verdadera rabia; luego aquel hirviente grupo se dividió en filas á todo lo ancho de la calle, y bailarines y bailarinas, con la cabeza gacha y los brazos levantados, emprendieron su furiosa marcha lanzando unos gritos espantosos.

Ningun combate hubiera podido ofrecer un espectáculo tan desgarrador como aquel placer llevado de la inocencia á la infernal embriaguez; pasatiempo saludable, degenerado en un medio de enardecer la sangre, de estraviar la razón y de endurecer los sentimientos del alma. La gracia que había aún en él, le hacía todavía más horrible, probando hasta qué punto pueden llegar á rebajarse y pervertirse las cosas más dignas de aplauso. Aquel pecho virginal, del cual había desaparecido el pudor; aquella linda cabeza casi infantil, animada por una alegría llena de odio; aquel delicado pié, que bailaba ligeramente en medio de aquel barro ensangrentado, representaban la locura de aquella época de descomposición.

Era la carmañola; en tanto que se alejaba dejando á la pobre Lucía helada de terror en el umbral de la puer-

ta del serrador de madera, la nieve caía con tanta calma y tanta pureza como si aquella odiosa visión no hubiese aparecido nunca.

—¡Ah padre mio, qué espectáculo tan horrible!

Mr. Manette llegó al lado de su hija en el momento en que Lucía, levantando de nuevo la cabeza, descubría sus ojos que había ocultado con ambas manos.

—Ya lo conozco, hija mía, lo he visto repetidísimas veces; pero no temas nada, ninguno de esos hombres se atrevería á causarte daño alguno.

—No tiemblo yo por mí, padre mio; pero cuando pienso que Carlos se halla á merced de esas gentes...

—Eso cesará muy pronto, yo te lo prometo. Cuando me he separado de él se dirigía hácia la ventana y he venido para decírtelo; estamos solos, puedes dirigirle un beso, allí á la parte superior del tejado que se halla sobre todos los demás.

—Lo hago con todo mi corazón, padre mio, y con él le envío toda mi alma.

—Tú, pobrecita mía, no puedes verle.

—No, padre mio, dijo Lucía llorando, mientras se besaba la mano mirando al sitio en que debía hallarse el detenido.

—Oyóse ruido de pasos sobre la nieve; era la tabernera que se aproximaba.

—Buenos días, ciudadana, dijo Mr. Manette al verla.

—Salud, ciudadano.

Siguió adelante sin volver la cabeza y se deslizó como una sombra sobre el piso cubierto de nieve.

—Cógete de mi brazo, ángel mio, ten valor; no te entristezcas; haz un esfuerzo en obsequio suyo y sonríete un poco; muy bien, hija mía.

Alejáronse de aquel sitio. Después de algunos momentos de silencio, el doctor volvió á tomar la palabra y dijo á la joven:

—Yo tenía un motivo para suplicarte que te sonrieses. Hoy podemos estar satisfechos: Carlos comparece mañana ante sus jueces.

—¿Mañana, padre mio?

—No hay tiempo que perder; he hecho todos mis preparativos; pero hay que tomar ciertas precauciones, que no podían adoptarse hasta saber con toda exactitud el día de la vista. El lo ignora todavía; pero sé de muy buena tinta que el asunto se ha fijado para mañana, y que Carlos será conducido esta noche á la Conserjería. ¡Creo que ahora dejarás ya de estar intranquila!

—Yo tengo confianza en tí, balbuceó la pobre mujer con temblorosa voz.

—Y haces muy bien, querida mía. Todas nuestras penas van á tener fin; Carlos volverá mañana á nuestro lado; ya he reunido en favor suyo todas cuantas influencias son imaginables. Pero ahora tengo que ver...

El doctor se detuvo: el padre y la hija oyeron un ruido sordo. Tres carretas llenas de condenados á muerte pasaron á muy corta distancia del sitio en que se hallaban.

—Tengo que ver á Lorry ahora mismo, prosiguió el doctor continuando precipitadamente su marcha en compañía de Lucía.

El venerable anciano, atento siempre á su obligación, se hallaba como de costumbre en su puesto de honor. Examinados á cada momento él y sus libros al tratarse de una infinidad de fincas, convertidas en bienes nacionales, procuraba salvar para los antiguos poseedores todo cuanto humanamente le era posible. Nadie hubiera podido defender de aquel modo, sin trégua ni descanso, los grandes intereses confiados á la casa Tellson, y sobre todo nadie lo hubiera hecho empleando menos palabras y menos ostentación.

El rojizo matiz que coloreaba las nubes, y la niebla

que se elevaba del Sena indicaban la terminacion del dia, y ya era casi de noche cuando el doctor y su hija llegaron al Banco. El magnífico palacio de monseñor, á un mismo tiempo profanado y desierto, ostentaba estas palabras escritas encima de un monton de cenizas y de inmundicias depositadas en el pátio: «Propiedad nacional. República francesa, una é indivisible. Libertad, igualdad, fraternidad ó la muerte.»

¿Quién podia hallarse en compañía de Mr. Lorry? ¿A quién pertenecía aquella manta de viaje que se hallaba allí tirada sobre una silla? ¿A quién acababa de dejar el gentleman cuando, sumamente conmovido, se dirigió al lado de Lucía para estrecharla entre sus brazos? ¿A quién dijo las palabras que ella le habia balbuceado, cuando volviendo la cabeza hácia la puerta de la habitacion de donde acababa de salir, repitió alzando la voz: «Trasladado á la Conserjeria para ser juzgado mañana?»

CAPITULO VI.

Triunfo.

El tribunal revolucionario, compuesto de cinco jueces, del acusador público y de un jurado cuyas decisiones no tenian apelacion, se reunia diariamente. La lista de los acusados que debian comparecer ante él se remitia el dia anterior á cada cárcel, y el carcelero la leia á los individuos que en ella figuraban.

—Acercáos todos y escuchad: aquí teneis el periódico de la noche, repetia diariamente el carcelero, que habia hecho de esta frase su chanzoneta favorita.

—¡Carlos Evremont, llamado Carlos Darnay!

De este modo comenzaba en la Force el periódico de la noche, el dia que la pobre Lucía vió bailar la carmañola.

Tan pronto como se pronunciaba el nombre de un preso, el individuo que lo llevaba debia salir de entre los demás y colocarse en un sitio aparte, reservado á los detenidos designados para el dia siguiente. Carlos tenia tristes razones para no ignorar aquella costumbre; hacia quince meses que veia desaparecer á todos sus compañeros de infortunio, despues de haber sido sometidos á aquella formalidad.

El carcelero miró por encima de sus gafas para cerciorarse de que el referido Evremont se habia colocado en el sitio requerido, y continuó su lectura, deteniéndose del mismo modo á cada nombre que pronunciaba. La lista comprendia á veintitres; veinte detenidos tan sólo respondieron al llamamiento; los tres restantes habian fallecido: uno en la misma cárcel, y los otros dos en el cadalso; pero al redactar la lista se habia olvidado esta circunstancia.

La lectura de aquella lista fatal se habia verificado en la gran sala en que Carlos habia sido introducido el dia de su entrada en la Force. Todas las personas á quienes habia hallado en aquella época habian sido asesinadas en Setiembre; y desde entonces cada uno de los amigos que habia visto salir, abandonaban la cárcel para subir al cadalso.

Despidiéronse unos de otros apresuradamente, y aquella conmovedora escena duró muy cortos momentos; era un incidente diario á que se hallaban todos acostumbrados, y los detenidos de la Force se disponian precisamente aquella misma noche á jugar á juegos de prendas, y debian además verificar un pequeño concierto. Todos aquellos individuos se agolparon á las rejas para ver salir á los acusados; derramáronse algunas lágrimas por los